

## ¿QUÉ DECIMOS DE NOSOTROS MISMOS?

### IV

Con estas naderías, de poco en poco se van haciendo con actos y cosas poquitas como estas (que en ser hechas por Dios les da su Majestad tomo) ayuda a su Majestad para cosas mayores.

*(Santa Teresa de Jesús, Vida, c. 31, nº 11)*

Al hacerte, benévolo lector, por última vez la pregunta que encabeza nuestro artículo, quiero descubrirete, o cuando menos recordarte y recomendarte eficazmente un medio fácil y casero para elevarte a una incalculable grandeza. Hemos visto que de nuestra condición somos sarmientos inútiles aptos tan sólo para el fuego, y que sola la divina gracia, por la que nos unimos a la vid celestial, Cristo Jesús, nos da vida y lozanía, y hace producir frutos de santificación. Pobres somos, ciegos, desnudos de mérito y cubiertos de heridas a los ojos purísimos de Dios, que descubre el valor real de las cosas. ¿Quieres, pues, lector querido, sacar riquezas inmensas de tu pobreza? ¿deseas convertir tu ceguera en lumbre clarísima? ¿anhelas que tus heridas se tornen fuentes que manen de continuo salud y robustez? Atiende.

En este siglo de lo positivo y del tanto por ciento todo el mundo anda en busca de solución fácil al difícil problema de hacerse rico con poco trabajo. En nuestros días, que se huye de toda clase de mortificación como del único mal verdadero, hay la manía insensata de transformar este valle de lágrimas y lugar de destierro en un paraíso de deleites. ¡Cuánto, pues, no daría el hombre de mundo para topar con el secreto de estar acuñando moneda de oro en todos los actos de su vida! ¡Qué alegría recibirían las gentes que corren desaladas tras el alma del negocio, y que viven por otra parte en culpable olvido del negocio del alma, si se les prometiese mostrarles un medio infalible de hacerse ricos con las mismas operaciones mercantiles que practican, con menos apareamiento aún que el que llevan por ganarse la vida y hacer fortuna!

¡Oh! ¡cuánto darían los mortales que andan atareados y apenados por hallar el secreto de convertir en oro cuanto tocan!

Pues bien; lo que el hombre de negocios no puede encontrar, lo tiene a mano el cristiano a todas horas, con muy poco trabajo, con liviano esfuerzo. ¿Te sonríes al oír esta impensada afirmación? Pues sábetelo que es una verdad trivial, según las enseñanzas del Catolicismo. Oyeme, y te convencerás de ello.

Es muy común entre los cristianos la creencia de que sólo se gana para el cielo rezando y haciendo otras obras de devoción. De este error o persuasión falsa síguense fatales consecuencias. Tengo para mí que de aquí proviene el ser tan escaso el número de almas que aman a Dios, le adoran y sirven en espíritu y en verdad. Es innegable que todas las acciones comunes de la vida humana son de suyo de ningún valor para merecer el cielo; pero también es de fe que hechas por un motivo sobrenatural adquieren un mérito infinito, pues con ellas podemos hacernos dignos de alcanzar la posesión de Dios. Con lo mismo, pues, que hacemos, con todas y cada una de las acciones ordinarias de la vida podemos merecer, adquirir nuevas gracias, y con ellas nuevos grados de gloria. ¿Cómo? Por un medio sencillísimo: por medio de la intención y de la oblación. Dadme la acción más insignificante y más ordinaria de la vida; séllela el cristiano con la recta intención de agradar a Dios, y esa acción o nadería, como la llama Teresa de Jesús, que antes no circulaba en la plaza del cielo, y era desechada como moneda falta de peso en la balanza del santuario, se admite a circulación en el reino de los cielos, y se puede negociar con ella nada menos que la compra de todo un Dios. ¿Qué cosa más vulgar y menos espiritual que el comer, beber, dormir y divertirse honestamente? Pues todas estas acciones comunes de la vida humana adquieren a los ojos de Dios remunerador un peso de gloria inmenso. ¡Qué lástima, pues, que por no saber, o no querer beneficiar esta mina a tan poca costa, perdamos millones de ocasiones de adquirir nuevas gracias y nuevos grados de gloria! ¿Quién podrá pararse a calcular sin asombro las pérdidas inmensas de bienes de gloria que hemos sufrido en los años que llevamos de vida tibia o poco cristiana? ¡Con qué pasmosa rapidez se suceden en nosotros miles de pensamientos, deseos, palabras, acciones! Pues sábetelo, hermano mío, que con todas y cada una de estas cosas puedes merecer, si estás en gracia y lo vivificas con la intención de agradar a Dios. ¿Quién, pues, no llorará sobre estas pérdidas inmensas? ¿Quién no se animará, a lo menos de hoy más, a ofrecerlo y hacerlo todo por Jesús?

En cosa de tanta monta no quiero creas a mi palabra, sino a la de la seráfica doctora Teresa de Jesús, que escribe: “Dios no deja ningún servicio sin paga, por pequeño que sea: un suspiro, un alzar los ojos al cielo no lo dejará sin recompensa, porque es muy mirado nuestro Dios. Muchas veces he pensado, espantada de la gran bondad de Dios, y regaladose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia; sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aún en esta vida, ningún deseo bueno; por ruines e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando y perfeccionando y dando valor”<sup>1</sup>.

Quiero confirmar lo dicho con algunos ejemplos.

Resistíase un día una hija muy mortificada de la gran Teresa de Jesús a probar cierto manjar que se le indicaba para reforzar su salud. Mas la Santa, que si gustaba de hijas mortificadas, prefería siempre la obediencia a la mortificación, díjole con cierta autoridad: “Vaya, hija, y cómase un torrezno”. “¡Ay, Madre! replicó con viveza; obediencia, Dios y torrezno, de muy buena voluntad”. Y sin duda comiendo su torrezno ganó muy mucho a los ojos del Señor aquella buena hija de Teresa de Jesús.

Jugando estaba una vez san Carlos al ajedrez (juego de que gustaba mucho nuestra Santa en su mocedad)<sup>2</sup>, y preguntándole uno de los circunstantes qué haría si dentro una hora supiese cierto había de morir, contestó muy tranquilo: “Seguiría jugando”. Porque con aquella acción, a mayor gloria de Dios emprendida, merecía delante de él; y por lo mismo no podía escoger cosa mejor en que le sorprendiese la muerte, que en aquella que era del agrado de Dios. Y es indudable que san Carlos goza hoy día en el cielo de un grado de gloria que ganó con este honesto esparcimiento.

Mas aún, porque deseo llevar el convencimiento pleno al ánimo de mis lectores, pues es este asunto para mí el más capital, esto es, la santificación de todas las acciones ordinarias de la vida; quiero confirmar esta verdad consoladora y que tanto puede engrandecer y avalorar nuestra pequeñez y pobreza con las palabras del mismo Jesucristo que dirigió a su esposa Gertrudis, una de las almas también más favorecidas con sus regalos: “Si un codicioso usurero, así habló el Señor a santa Gertrudis, no querría de buena gana perder la oportunidad de adquirir un solo maravedí, menos gusto tendré yo en dejar pasar la ocasión de cambiar, para mi mayor gloria y eterna salvación vuestra, el más liviano pensamiento y movimiento de vuestro dedo penique”. En otra ocasión, como sintiese una noche la Santa cierta debilidad, comió algunas uvas con la intención mental de refrigerar al Señor en sí misma. Jesucristo, por su parte, aceptó gustoso semejante presente, cual regalo real, y la dijo: “Te confieso, hija mía, que con dicho regalo me has compensado el amargo brebaje que tomé por amor tuyo estando en la cruz, pues ahora estoy gustando en tu corazón una dulzura inefable; porque has de saber, que cuanto mayor sea la pureza de intención en recrear tu cuerpo por amor mío, tanto más exquisita es la dulzura con que me siento recreado en tu alma”. El mismo Salvador habló otra vez a Gertrudis de esta manera: “Mi ternura aceptará gustosa el más ligero movimiento, el esfuerzo más liviano que hagan los hombres para levantar una paja del suelo, el simple saludo, un responso por los difuntos y cualquiera palabra a favor de los pecadores y justos, siempre que practiquen semejantes actos con piadosa intención”.

¡Cuán bueno eres, Jesús de mi alma, cuán bueno eres! ¡Cuán dulce y suavísima tu condición! ¡Cuán amable la piedad! ¡Cuán fácil merecer para la vida eterna, santificarnos, acumular tesoros infinitos y salvarnos! ¿Por qué, pues, oh mi dulcísimo Jesús, no te amamos, no vivimos vida de amor? ¡Ay! lo confesaremos para nuestra confusión y vergüenza: porque no te conocemos. Tenemos de la piedad y de la verdadera virtud formadas ideas las más raras, extravagantes y falsas; por eso la despreciamos. No te conocemos por lo que eres, oh Jesús Dios de verdad; desconocemos las vías fáciles y dulcísimos de tu amor: por ello nuestro corazón desfallece en tu servicio; te abandonamos y nos sujetamos casi con gusto a la dura y cruel servidumbre del mundo, demonio y de nuestras desordenadas pasiones. Descúbrete, pues, oh Jesús amador de las ánimas, a los amantes Teresianos, como descubriste a tu esposa Teresa la hermosura de tu divino rostro, y enamora nuestra alma, roba nuestros corazones. Ya que se ha de vivir, vívase por Vos, Dueño mío.

¿Qué dices, pues, de ti mismo, lector querido? ¿No es verdad que eres grande, muy grande, en medio de tu pobreza y miseria? Justo es, pues, exclames a vista de tanta indignidad

---

<sup>1</sup> Santa Teresa de Jesús en su Vida, c. 4.

<sup>2</sup> Santa Teresa de Jesús, Camino de perf., c.16, n. 1. Léase la bellísima comparación y aplicación que saca la Santa de esta vanidad.

y grandeza con la agradecida Teresa de Jesús: “¿Qué haré, pues, Señor mío? ¿Qué haré, mi Dios? ¡Oh qué tarde se han encendido mis deseos, y qué temprano andábadis Vos, Señor, granjeando y llamando, para que todo me emplease en Vos! ¿Por ventura, Señor, desamparaste al miserable, o apartaste al pobre mendigo, cuando se quiere llegar a Vos? ¿Por ventura, Señor, tiene término vuestras grandezas o vuestras magníficas obras? ¡Oh Dios mío y misericordia mía! ¡Y cómo las podéis mostrar ahora en vuestra sierva! Poderoso sois, gran Dios; ahora se podrá entender si mi alma se entiende a sí mirando el tiempo que ha perdido, y cómo en un punto podéis Vos, Señor, hacer que le torne a ganar... ¿Qué hay imposible al que todo lo puede? Bien sabéis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Váleme, Señor, esto en que no os he ofendido. Recuperad, Dios mío, el tiempo perdido con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, **obrándolo todo a vuestra mayor honra y gloria**, pues si queréis podéis”<sup>3</sup>.

## DESDE LA SOLEDAD...

Dadme cada día un cuarto de hora de meditación, y yo os prometo el cielo... ¡Almas! orad, orad, orad, porque todo lo puede la oración.

(Santa Teresa de Jesús)

Han llegado a mis oídos repetidas súplicas e instancias por conducto de mi querido amigo el Director de la *Revista Teresiana*, para que facilite a los amantes de Teresa de Jesús el ejercicio de la oración mental o meditación, para que les enseñe prácticamente a emplear con fruto en tan santo y necesario ejercicio un cuarto de hora al menos de los noventa y seis que tiene el día. Pues, ¡no es nada que digamos asegurar la salvación eterna con este cuartito de hora! “Si cosa difícil y costosa, replicaban oportunamente los siervos a Naaman su señor, te hubiese prescrito el Profeta para curar de la lepra, deberías al punto hacerlo; ¿cuánto más una cosa tan hacedera como lavarte en el río Jordán?”. La misma reflexión hago a muchas almas, me escribe el Director, al recomendarles eficazmente la fidelidad a la práctica del ejercicio de la oración. Y es la verdad. Si Teresa de Jesús, Doctora de las almas que aspiran a la perfección y a la consecución de su último fin, nos exige largas vigiliass, rigurosos ayunos, ásperas penitencias de disciplinas, cilicios, etc., para lograr este fin, única cosa necesaria, deberíamos hacerlo sin vacilar. ¡Cuánto más cosa tan ligera como es emplear un cuarto de hora al día en tratar con nuestro amoroso Padre que es Dios!

La santa virgen Teresa de Jesús, de condición dulce y amabilísima, reservó para sí el uso de estas penitencias desabridas; y para el prójimo su hermano dejó lo fácil y menos penoso. A veces considero que esta amorosa y compasiva Madre de las almas fue delante de sus hijos y devotos arrancando las espinas del camino del cielo y lastimándose en esta faena pesada sus benditas manos y sus pies descalzos, a trueque de que, al seguir sus huellas arrastrados por el encanto de sus gracias y virtudes, no se lastimasen aún levemente, ni hallasen tropiezo. Y eso que Teresa de Jesús fue siempre inocente, no perdió la gracia bautismal, ¡y nosotros tan pecadores! ¡Oh Santa mía, querida Madre mía de mi alma, bendita seas! porque nos endulzas las amarguras de la vida, y nos facilitas el camino del cielo, haciéndonos con tu ejemplo amable, fácil y seguro el camino de la virtud. ¿Quién no te amará y se confundirá a la vista de tu condición suavísima? Tú desgarrabas tus inocentes carnes con manojos de ortigas y llaves, y a nosotros nos regalas y recreas con lo más dulce y agradable de la piedad. ¡Bendita seas, Teresa de Jesús, bendita seas! ¿Qué corazón habrá tan duro e insensible que no te ame con pasión?

Convengamos, pues, lector querido, que no se puede exigir ya menos de un cristiano para asegurar la posesión de un reino de gloria eterno que el que consagre cada día un cuarto de hora a la oración; no puede pasar por menos Dios, que es Señor absoluto de todo el tiempo y eternidad, que de reservarse para sí un cuartito de hora desocupado de parte del hombre para que lo emplee en conocerle y amarle seriamente.

---

<sup>3</sup> Santa Teresa de Jesús, Exclam. IV

Para merecer el cumplimiento de la promesa de Teresa de Jesús, es la primera condición esencial tener una *grande y determinada determinación de no faltar ningún día al ejercicio de la oración*, suceda lo que sucediere, murmure quien murmurare, más que se hunda el mundo. Esta determinación es además gran cosa, porque el demonio pierde las fuerzas y no se atreve a tentar a las almas animosas, pues siempre sale con pérdida; pero si las ve cobardes e inconstantes en la oración, inconvenientes les pondrá y dificultades: no las dejará a sol ni sombra, no medrarán jamás. Por la mañanita les persuadirá que dejen el cuarto de hora de oración para el medio día; al medio día les saldrá una ocupación que se lo hará diferir a la tarde; entonces ocurrirá un pretexto (que nunca faltan a su astucia y a nuestra pereza) para dejarlo para la noche, y por la noche no se hace, o viene el sueño y roba la atención y se hace mal, y el fruto se lo lleva el diablo gozoso.- ¡Oh! cierto es así, paréceme oír a varios de mis lectores, poco amantes de Teresa de Jesús; hacéis mi historia, ese es mi retrato.- Pues, hermano mío, ¿es feo este retrato, no te agrada? Rómpelo, y no consientas jamás desde este día ser juguete de las malas mañas del infernal enemigo, que sagaz y taimado todo te lo concederá sin inquietarte, con tal que logre hacerte omitir, robar a tu Dios y a tu alma ese cuarto de hora de oración, porque conoce bien que a la fidelidad de esta práctica santa están vinculadas quizás las gracias que necesitas para perseverar y salvar tu alma infaliblemente. Sea, pues, lector querido, tu primera determinación, si quieres hacer bien este cuarto de hora, *no faltar ningún día por nada ni por nadie de dar a Dios y a tu alma este rato de oración*.

Pero me dirás: Ya lo hago así todos los días: no falto ningún día o rarísimas veces a este cuartito de hora de oración, pues ya se va haciendo en mí de costumbre, y el día que no lo hago hallo como un vacío en mi corazón, que me obliga a suplir este defecto consagrandome media hora al día siguiente. Pero, francamente, no sé cómo pasar aquel rato, breve, sí, y delicioso algunas veces, pero otras más pesado que de plomo para mi corazón. No sé qué decir, no sé qué hacer, pues *la loca de la casa*, mi imaginación, anda de aquí para allá sin fijarse en cosa de provecho espiritual. Me aburro, pues, porque no sé qué decir, no sé qué hacer. Decídmelo vos, oh buen Solitario, por caridad.- No voy a decírtelo yo, lector querido; a los dos nos lo va a decir mi querida Madre Teresa de Jesús en el capítulo XXVI de su admirable libro *Camino de perfección*, que copio íntegro; y encargándote, sobre todo, en estos días de Cuaresma, medites su preciosa doctrina y practiques sus provechosas encomiendas, se despide de ti encomendándote a los cuidados de Teresa de Jesús, maestra de oración, su menor hijo

El Solitario.

Ahora, pues, tornemos a nuestra oración vocal, para que se rece de manera, que sin entendernos nos lo dé Dios todo junto, y para, como he dicho, rezar como es razón la examinación de la conciencia, y decir la confesión, y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero; luego, hija, procurad, pues estáis sola, tener compañía. ¿Pues qué mejor que la del mismo Maestro que enseñó la oración que vais a rezar? Representad al mismo Señor junto con Vos, y mirad con qué amor y humildad os está enseñando, y creedme, mientras pudiéredes no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle cabe vos, y él ve que lo hacéis con amor, y que andáis procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de vos: no os faltará para siempre; ayudaros ha en todos vuestros trabajos; tenerle heis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado? ¡Oh hermanas! Las que no podéis tener mucho discurso del entendimiento, ni podéis tener el pensamiento sin divertirnos, acostumbraos: mirad que sé yo que podéis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo de no poder sosegar el pensamiento en una cosa, y es lo muy grande, mas sí, que no nos deja el Señor tan desiertos, que si llegamos con humildad a pedirselo, no nos acompañe. Y si en un año no pudiéremos salir con ello, sea en más; no nos duela el tiempo en cosa que también se gasta: ¿quién va tras nosotras? Digo que esto puede acostumbrarse a ello y trabajar, y andar cabe este verdadero Maestro. No os pido ahora que penséis en él, ni que saquéis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más que le miréis. ¿Pues quien os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto, si no podéis más, a este Señor? ¿Pues podéis mirar cosas muy feas, y no podéis mirar la cosa más hermosa que se pueda imaginar? Si no os pareciere bien, yo os doy licencia que no le miréis, pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. ¿Haos sufrido mil cosas feas, y abominaciones contra él, y no ha bastado para que os deje de mirar, y es mucho, que quitados los ojos destas cosas exteriores, le miréis algunas veces a él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice la Esposa, sino que le miremos. Como le quisiéredes le hallaréis: tiene en tanto que le volvamos a mirar, que no quedará por diligencia suya. Ansí

como dicen ha de hacer la mujer para ser bien casada con su marido, que si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si está alegre (aunque nunca lo esté) alegre; mirad de qué sujeción os habéis librado, hermanas. Esto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotras, que él se hace sujeto, y quiere que seáis vos la Señora, y andar él a vuestra voluntad. Si estáis alegre, miradle resucitado, que solo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará; mas con qué claridad y con qué hermosura, con qué majestad, qué victorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de la batalla a donde ha ganado un tan gran reino, que todo le quiere para vos. ¿Pues es mucho que a quién tanto os da volváis una vez los ojos a mirarle? Si estáis con trabajos, o triste miradle camino del huerto, qué aflicción tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mismo sufrimiento, la dice, y se queja della.; y miradle atado a la columna, lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos, por lo mucho que os ama, perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado dellos, sin nadie que vuelva por él, helado de frío, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podéis consolar; o miradle cargado con la cruz, que aún no le dejaban huelgo. Miraros ha él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores, por consolar los vuestros, sólo porque os vais vos con él a consolar, y volváis la cabeza a mirarle. ¡Oh Señor del mundo, verdadero Esposo mío! (le podéis vos decir, si os ha enternecido el corazón de verle tal, que no sólo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablar con él, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazón, que las tiene él en muy mucho) ¿tan necesitado estáis, Señor mío y bien mío, que queréis admitir una pobre compañía como la mía, y veo en vuestro semblante que os habéis consolado conmigo? Pues, ¿cómo, Señor, es posible que os dejan solo los Ángeles, y que aún no os consuela vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿De qué me quejo? Que ya he vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran bien, e imitaros en algo: juntos andemos, Señor; por donde fuéredes tengo de ir; por donde pasáredes tengo de pasar. Tomad, hijas, de aquella cruz; no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque él no vaya con tanto trabajo, no hagáis caso de lo que os dijeren, haceos sordas a las murmuraciones, tropezando y cayendo con vuestro Esposo, no os apartéis de la cruz, ni la dejéis. Mirad mucho el cansancio con que va, y las ventajas que hace su trabajo a los que vos padecéis, por grandes que los queráis pintar, y por mucho que los queráis sentir, saldréis consoladas dello; porque veréis que son cosa de burla, comparados a los del Señor. Diréis, hermanas, que cómo se podrá hacer esto, que si le viéades con los ojos del cuerpo, en el tiempo que su Majestad andaba en el mundo, que lo hiciéades de buena gana, y le miráades siempre. No lo creáis, que quien ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza a recoger siquiera la vista para mirar dentro de sí a este Señor (que lo puede hacer sin peligro, sino con tantico cuidado) muy menos se pusiera al pie de la cruz con la Magdalena, que veía la muerte al ojo. Mas ¿qué debía pasar la gloriosa Virgen y esta bendita Santa? ¿Qué de amenazas? ¿Qué de malas palabras? ¿Y qué de encontrones? ¿Y qué de sentimiento? Pues con qué gente lo habían tan cortesana, si lo era del infierno, que eran ministros del demonio. Por cierto que debía de ser terrible cosa lo que pasaron, sino que con otro dolor mayor, no sentían el suyo. Así que, hermanas, no creáis fuéades para tan grandes trabajos, si no sois ahora para cosas tan pocas: ejercitándoos en ellas podéis venir a otros mayores. Lo que podéis hacer para ayudar desto, procurad traer una imagen y retrato deste Señor, que sea a vuestro gusto, no para traerle en el seno, y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con él, que él os dará que le decir. Como habláis con otras personas, ¿por qué os han más de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creáis, al menos yo no os creeré si lo usáis, porque si no, si faltaran, que el no tratar con una persona causa extrañeza, y no saber cómo nos hablar con ella que parece no la conocemos, y aunque sea deudo; porque deudo y amistad se pierde con la falta de la comunicación. También es remedio tomar un libro de romance bueno, aún para recoger el pensamiento, para venir a rezar bien vocalmente, y poquito a poquito ir acostumbrando el alma con halagos y artificio para no la amedrentar. Haced cuenta que ha muchos años que se ha ido de con su esposo, y que hasta que quiera tornar a su casa, es menester saberlo mucho negociar, que así somos los pecadores. Tenemos tan acostumbrada nuestra alma y pensamiento a andar a su placer, o pesar, por mejor decir, que la triste alma no se entiende, que para que torne a tomar amor a estar en su casa, es menester mucho artificio, y si no es así, y poco a poco, nunca haremos nada. Y tornoos a certificar, que si con cuidado os acostumbráis a lo que he dicho, que sacaréis tan gran ganancia, que aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues juntaos cabe este buen Maestro, y muy determinadas a deprender lo que os enseñare, y su Majestad hará que no dejéis de salir buenas discípulas, ni os dejará, si no le dejáis. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera

entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien y regalo del discípulo, ver que su maestro le ama.

Damos lugar en nuestra Revista con sumo gusto al siguiente escrito que una hija ilustre de Teresa de Jesús residente en el convento de Carmelitas Descalzas de Bruselas (Bélgica) nos remite como preámbulo a la serie de articulitos relativos a santa Teresa de Jesús, con los que nos promete honrar las páginas de nuestra humilde publicación. Creemos que nuestros lectores, al igual de nosotros, se alegrarán en extremo leyendo estas oportunas reflexiones en obsequio del más grande de los Santos, san José, y el más amado de nuestra querida Doctora castellana, Teresa de Jesús.

## OBSEQUIO A SAN JOSÉ

I

Id a José... vuestra salvación está en sus  
manos.

(Gen. XLI)

Toda persona que de su natural condición hallase dotada de un sentimiento delicado y de un ánimo inclinado a la piedad, no puede menos de hacer participante a san José del amor vivísimo que arde en su pecho hacia Jesús y María. No puede ser de otra suerte: un alma buena, un corazón grande por un sentimiento, estoy por decir natural, vese movido a asociar inseparablemente el nombre y amor a san José de los de Jesús y María. El fuerte y suavísimo atractivo que tiene sobre los espíritus el culto del divino Redentor y de su Madre, lo tiene también, aunque en menor escala, el de san José.

San José está adornado de tan bellas prendas, y revestido de todos tan sublimes, que son capaces de enamorar a cuantos le conozcan. Su excelencia es tan inaccesible, que entre todos los Santos constituye por sí solo jerarquía propia, una dignidad análoga, aunque inferior, a la incomparable de la santísima Virgen, incomunicable como la de la maternidad divina. Por esto la gracia que le fue dispensada le viene, no de la noble prosapia de David, sino de los oficios para qué fue elegido. Su santidad es tan extraordinaria, que en sentir de san Gregorio Nacianceno, Dios colocó en él los resplandores de todos los Santos. Esta su santidad nos ha sido declarada en el Evangelio con un elogio compendiado, sí, pero acabado e infalible, cuando dice que él es *Justo*, ni más ni menos. Justo quiere decir, perfecto delante de Dios y de los hombres; hombre a quien en materia de deberes, virtudes y santidad nada le falta ni sobreabunda.

En José honramos al glorioso artesano, al vigilante padre, al casto marido, al pobre honesto. A san José le fue concedida una tal plenitud de poder, que no hay favor, por grande que sea, que se le niegue en el paraíso, donde junto con su Esposa es el tesoro de todas las gracias. La reunión de incomparables cualidades físicas, intelectuales y morales, que pasmados admiramos en la Madre de Dios, se halla también en san José, aunque en menor grado. Sí, en él se hermanan inconcebible hermosura e inocencia, sabiduría y prudencia, dulzura y amabilidad.

Más esto es poco aún. La santísima Trinidad le constituyó entre todos los mortales Amo de su casa y Señor de toda su posesión, habiéndole confiado cuanto hubo ni pudo haber jamás de más caro y precioso en el universo.

El Padre depositó en sus manos a su propio Hijo hecho hombre; el Hijo, Verbo terno, puso en sus manos a su divina persona con las miserias, debilidades infantiles, necesidades y peligros de los cuales quería que salvase a su vida mortal; el Espíritu Santo depositó en su mano a su propia Esposa y fruto divino, con el cual El fecundó prodigiosamente sus castísimas entrañas. De este modo, pues, san José estuvo íntimamente ligado a la ordenación dirigida a la unión hipostática, ordenación de la cual fue en la sagrada Familia ministro inmediato, y, dirás mejor aún, Cabeza visible en representación del Padre Eterno.

San José, en fin, cumplió estos importantísimos cargos con un afecto indecible, no perdonando desvelos ni fatigas.

Por espacio de treinta años tuvo con la Esposa y con el Hijo comunes los gozos y los dolores y la práctica de toda virtud, de manera tal que también él tiene derecho a un reconocimiento perpetuo de nuestra parte.

En san José, pues, debemos admirar a un mismo tiempo *al Vicegerente del Eterno Padre, al Nutricio de Jesús, al representante del Espíritu Santo, al Esposo de la Inmaculada Virgen María...* Esto te baste por todo, lector mío. Tales palabras son estériles a quien no ve ni ama: mas encierran un mundo de pensamientos y afectos para quien ve y ama.

“¡Oh cuán bien sintió el corazón de la seráfica Teresa de Jesús la obligación que hay para todos de ser agradecidos a san José, cuando escribió con su pluma celestial: No sé cómo se puede pensar en la Reina de los Ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús que no den gracias a san José por lo bien que les ayudó en ellos!” (Vida, cap. 6).

## II

Es cosa antigua en la Iglesia de Dios la veneración y culto de san José; mas el conocimiento meditado y profundo de su altísima protección, de su poder y de su autorizado patrocinio, la demostración solemne de su culto, tardó por muchos siglos a desarrollarse, a fin de que su paternidad putativa no sirviese para oscurecer la divinidad de la persona de Cristo y la virginidad de la Madre que le concibió por obra del Espíritu Santo. Como fueron puestos en duda estos principalísimos y primarios puntos del dogma cristiano, quiso Dios que en los siglos últimos, y en especial en el nuestro, se desarrollasen más, rodeando así con una aureola siempre más brillante a su vice-Padre terreno y excitando a las almas sus elegidas a la más tierna devoción y confianza hacia este *Sumo* entre todos los más grandes Santos.

El mismo Jesús se complació en hacer más sensible su poder a santa Teresa de Jesús, la cual desde niña tuvo para con este Santo un afecto especialísimo, propio de familia, y tanto que mereció ser llamada la *Benjamina y Secretaria de san José*. Fue del gusto de Jesús sugerir a ella y a hombres piadosos y sabios los más ingeniosos y eficaces argumentos de la singularísima majestad de este primer Patriarca, tanto del antiguo como del nuevo Israel, en manera tal que no haya en adelante alma que no estudie los privilegios inapreciables de san José, ni corazón devoto que no sienta hacia él amor y vivísimo afecto.

Y para acrecentar más la demostración de la afectuosa reverencia y fineza con que trataba el Señor y quería fuese tratado su padre adoptivo, quiso Jesús despertar la memoria y afectos de los fieles hacia san José, custodio de su casa, como le llama la santa Iglesia, en ocasión en que la casa espiritual de Dios, esto es, la santa Iglesia, se hallaba más desolada por el terrible cisma de Occidente. Entonces fue cuando el célebre Gerson tomó por objeto particularísimo de sus escritos, de su ingenio y de su piedad las glorias y privilegios de san José. Más tarde Jesucristo quiso en cierto modo encomendar la misión especial de propagar su culto a almas tan santas y tan ricas de amor y dulzura como fueron santa Teresa de Jesús, san Francisco de Sales, la venerable María de Agreda y san Camilo de Lelis. Este y sus hijos propusieron a san José por patrono universal en el paso más terrible y más importante de la muerte; pero Teresa de Jesús y san Francisco de Sales, ¡oh cuán grandes y elevados son al hablar de san José, al estudiar sus privilegios y virtudes, y cuán entusiasmados para enardecer los corazones en su amor y culto, y obligarlos a que tomen a san José por padre y tutor, no sólo en el último paso, sí que también en toda la vida!

Después de ellos y con su dirección e impulso la devoción a nuestro Santo creció y crece siempre en la santa Iglesia. Esa devoción es a todas horas bendecida y recomendada por los Sumos Pontífices, y fomentada por las predicaciones, por los ejemplos y escritos de los más celosos personajes de todos los siglos; entre los cuales brillan con especialidad el célebre Fenelón, que exclamaba: “Amo a san José indeciblemente”; la beata María de los Ángeles, que acostumbraba llamarle graciosamente “mi Viejecito”; el venerable P. Paulino del Corazón de Jesús, san Alfonso María de Liborio, que lo veneraban con particularísima ternura; la venerable Cecilia Portaro, virgen milanesa, que en su honor ayunaba a pan y agua todos los miércoles; Silvio Pellico, que en 1834 escribía a su hermana Josefina: “Vivan Jesús, María y san José: con estos tres poderosos nombres en el corazón, nosotros nada absolutamente tenemos que temer”, y la Marquesa de Bavolo, que reconocía a san José por dueño de su casa.

E aquí es que por todas las partes del orbe católico se inventan nuevos medios para hacer conocer siempre más y más las grandezas de san José, y se ponen en planta las prácticas de su devoción; se imprimen folletos para registrar periódicamente sus glorias, y ejercicios para consagrar un mes entero a su culto, y se fundan congregaciones de hombres y mujeres bajo su nombre y protección. Por fin el bondadoso e inmortal Pío IX, que tanto ama y ha glorificado a María Inmaculada, ha querido también glorificar a su castísimo esposo san José proclamándole Patrón de la Iglesia universal en 8 de diciembre de 1870, y ordenando en 7 de julio de 1871 que cuantas veces lo permitan las rúbricas se haga conmemoración de san José en la misa y oficio divino. Por último, para que nada faltase al esplendor y gloria de la

fiesta de san José, por un decreto consistorial del 6 de mayo de 1872 manda Su Santidad que se celebre capilla pontificia en dicho día con la misma solemnidad que en las otras fiestas más principales.

Así santa Teresa de Jesús desde el cielo ve satisfecho por fin el grandísimo deseo que tuvo en la tierra de que se celebrase con la mayor solemnidad posible la fiesta de su Protector y Padre san José. Esperemos que san José agradecido despierte ahora el culto y veneración de su más querida hija e ilustre y apasionada devota santa Teresa de Jesús, y se cumplan las memorables palabras del gran Pío IX cuando dice: “Los apoyos de la Iglesia naciente, María y José, vuelvan a ocupar en los corazones el lugar que nunca debían haber abandonado. Una vez más se salvará el mundo”.

Benévolos lectores míos: si con estas breves reflexiones me fuese dado confiar de haber hecho bullir en vuestros pechos un tantico más de amor hacia el amable y querido san José, me daría por muy bien pagada, porque creería haber hecho un gran bien.

Carmen de Bruselas, 19 de enero de 1874.

SOR JOSEFA TERESA, C. D. I.

## SIMPLICIDADES DE SANTA TERESA DE JESÚS

### ¿LO HARÉIS TAMBIÉN VOSOTROS?

#### I

Uno de los distintivos de las almas grandes, uno de los caracteres que revelan el amor perfecto de los Santos es la simpatía santa por Jesús, por todo, aún lo más insignificante que se relaciona con su sagrada persona, con sus divinos intereses. Su afecto enamorado les hace descubrir en Jesús, su tesoro y su Dios, cosas menudas, circunstancias tan exquisitas, que un ojo menos avisado no las atina siquiera. Todos los cristianos miramos, fijamos alguna vez la atención y consideración en la adorable persona de Jesús; pero solo a los Santos sus enamorados es dado penetrar en muchos de sus delicados gustos y excelencias.

Si alma hubo en el mundo que estuviese enamorada en extremo de Jesús, y poseyese por consiguiente en supremo grado esta celestial simpatía, fue sin duda la que se llama con toda verdad Teresa de Jesús. Sí, Teresa de Jesús, que oía a menudo de la boca misma de Cristo esta amorosa fineza: *Ya eres mía, y yo soy tuyo*; Teresa de Jesús, que le solía decir al Señor: “¿Qué se me da a mí de mí, sino de Vos?”. Teresa de Jesús, en fin, que llevaba esculpida en su alma la hermosísima figura de Cristo, que la miraba con piedad y con tanta fuerza que no se podía sufrir, había de descubrir mil particularidades en las cosas de su amado Esposo, que le inspiraban prácticas piadosas muy del agrado de Dios. La Santa, en el lenguaje de su humildad, llámales simplicidades cuando afirma: “Destas simplicidades tenía muchas” (Vida, c. 9). Pero Jesús las estimaba por finezas y muestras de delicadeza y subido amor, según el premio que por ellas le daba.

Una de estas simplicidades, cuya adquisición recomendamos a nuestros lectores, era el comulgar todos los años por Domingo de Ramos con la consideración de consolar al Señor por la descortesía con que le trataron los judíos en dicho día, no convidándole a comer, después de tantos gritos de alabanza y bendición. Mas oigamos a la Santa: “Ha más de treinta años que yo comulgaba esta día, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar al Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir a comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, según ahora veo. Y así hacía unas consideraciones bobas, debíalas admitir el Señor”. Y ¿por qué no, Santa mía, si un vaso de agua frío dado por su amor al pobre, lo admite como hecho a su persona y promete por ello recompensa? Buena prueba es del agrado con que Jesús miraba estas tus divinas simplicidades el regalo que te hizo en este día, cuando al tener la sagrada Forma en tu boca te pareció que toda ella y toda tu persona estaba cubierta de la sangre caliente del Señor como si entonces acabara de derramarla, y sintiendo excesiva suavidad, te dijo Jesús: “Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gozasla tú con gran deleite, como ves; bien te pago el deleite que me hacías en este día”.

¿Lo haréis también así vosotros, amantes Teresianos? ¿Imitaréis en cosa tan fácil y tan del agrado de Jesús a vuestra Madre y Maestra? Treinta años lo practicó Teresa de Jesús, mereciendo después de esto una fineza tan singular, de la que le quedó mucho aprovechamiento para la Comunión. ¿No queréis vosotros también haceros acreedores a esta distinción? ¿No queréis hacer a Jesús de Teresa el deleite que le hacía Teresa en este día, hoy sobre todo en que aumentan las descortesías y crueldades para con él? ¿Lo haréis a lo menos vosotros, amantes teresianos, paréceme nos dice Jesús? ¿Comulgaréis el Domingo de Ramos con la simplicidad santa de mi enamorada Teresa?- ¿Qué responde vuestro corazón, lectores queridos? Por complacer a Jesús e imitar a su Teresa, ¿comulgaréis el Domingo de Ramos? ¿Lo haréis también vosotros? ¿No es verdad?- C.

## AL UMBRAL DE LA ERMITA

Era una hermosa tarde de marzo, cuando, dejadas las últimas casas de mi pueblo y atravesando aquellos verdes trigos mecidos blandamente y formando suaves ondas por las brisas de la tarde, me dirigía a la vecina colina, graciosamente coronada por la ermita de San José.

Las higueras llenas de vigorosa savia había lanzado ya infinitos brotes, y las yemas dejaban salir las verdes y delicadas hojitas, que tan anchas y pomposas vendrán a ser muy pronto. Los almendros estaban todos en flor, exhalando riquísima fragancia. Todos aquellos caminos, sembrados de trecho en trecho de capillas y de cruces de hierro con pedestal de piedra labrada, estaban tapizados de finas y olorosas hierbas entretejidas de tréboles y margaritas, notándose aquí y allá sobre las márgenes matas de violas boscanas, amarillas y blancas, que a cántaros riega todos los días el ermitaño de San José.

La campana de la ermita volteaba ya grandemente y sonaba por la primera vez, mientras yo llegaba ya a la plaza que se extiende delante de la ermita.

Apenas se veía aún ninguna persona por allí, a excepción del ermitaño, otro anciano compañero suyo y una pobre anciana que, puesta la mantilla y sentada en un extremo del poyo de piedra que corre alrededor de la capilla, esperaba se hiciese la novena, rezando su rosario.

Unas muchachas subidas en unos morales vecinos, cantaban y charlaban como cotorras mientras cogían hoja, que colocaban en la falda. Aún no había yo saludado a la anciana, cuando una de aquellas muchachas cantó esta canción:

Dicen que santa Teresa  
fue de Jesús secretaria;  
guarda, por Dios, Santa mía,  
los secretos de mi alma.

- ¿Y qué le parece a V., buena anciana, díjela después de saludarla; qué le parece a V. de lo que canta aquella muchacha?

- ¿Qué me ha de parecer, señor? me contestó. Esas canciones deben cantar, y no las que oyen a cuatro desvergonzados.

- Pero ¿y fue santa Teresa secretaria de Jesús? ¿qué me dice V.?

- Yo no le sabré decir eso a V., aunque muy bien podría ser eso quien, según nos dijo el señor Cura en un sermón, tanto la quería su Majestad que hasta esposa suya la hizo. Si V. me preguntase si fue confesora, eso ya sería...

- ¿Qué sería? dígame V.

- Sería muy diferente, vaya. Que la bendita Santa quería serlo, y no se lo concedió su divina Majestad.

- Vea V.; con que, ¿confesora quería ser? repuse yo.

- Le diré a V.: ella, como era tan buena y era tan estimada de Dios, fuese un día a Nuestro Señor, y ¿qué le pide? Nada menos que pudiese confesar, y así salvar muchas almas: ¡cómo se moría por ganarlas para Dios!... Su divina Majestad la recibió, como solía, con mucho agasajo, y alabó sus buenos deseos, pero diciéndole al mismo tiempo: "Mira, Teresa mía, está muy bien lo que tú me pides; pero quiero que antes me guardes una muy bonita y preciosa cajita que yo tengo. Toma, y ten cuidado con ella", le dijo el Señor. Y puso en sus manos una cajita tan linda, que no se hartaba santa Teresa de mirarla. Pero -lo que somos las mujeres- la cajita tenía la llave puesta en su agujero, y el demonio de la curiosidad, sin parar un momento,

dale que le darás, forzando a santa Teresa para que la abriese. Mucho tiempo se resistió a abrirla, pero al fin y al cabo, como era mujer y curiosa como somos todas, que eso no lo podemos negar, poquito a poco y muy despacito comenzó a alzar la tapa de la cajita, y... ¡válgame Dios! salta de la caja, donde estaba encerrado, un pájaro, y echa a volar por los aires, quedando la pobre Santa mirando al cielo y con el corazón lleno de dolor. Entonces, toda llorosa, fuese al Señor y le dijo: “¡Señor, que el pájaro de la cajita se me ha escapado sin yo quererlo!”. “Con que ¡hola! le dijo el Señor: ¿no me has sabido guardar ese secreto que te había confiado, dejando escapar el pajarillo, y quieres saber guardar el secreto de los pecados de los penitentes? No, Teresa mía; deja que solo los hombres puedan ser confesores, y conténtate tú con rogar, como lo haces, por los pobres pecadores”. Ahora ¿qué le parece a V., señor, de esta historieta que yo aprendí siendo una mala muchacha?

- Que me hace poca gracia el cuento de V., mi buena anciana,- le dije yo, amigo siempre de oír esas historias y leyendas, llenas comúnmente de un candor y una sencillez que enamoran y que muchas veces encierran un profundo sentido y alta enseñanza; historias y leyendas de que tan rico tesoro guarda nuestro más humilde pueblo.- Pero, yo no sé – agregué a la anciana- si santa Teresa estará muy contenta de ese cuento, pues en él hace un papel poco airoso, cuando precisamente santa Teresa era una dama que nunca quedó desairada, y achaques de mujeres nunca los tuvo ella, antes era su ánimo varonil y de recio temple.

¿Y no era curiosa tampoco como somos nosotras? repuso la anciana.

- Muy al contrario; y aunque le viniesen deseos de saber alguna cosa, sabía vencerse y reprimirse si no convenía saberlo. Y si no, oiga V. un cuento, que pica en historia, que yo voy a contarle a V., en agradecimiento al que V. me ha contado.- Pues, señor, como ya sabrá V., santa Teresa quiso reformar la Orden del Carmen; pero, he aquí que al estar en esa grande empresa, le ocurre una grave dificultad que le impide pasar adelante. Va santa Teresa, ¿y qué es lo que hace? Aprended, señoras mujeres. Escribe a su confesor, el P. Álvarez, consultándole la dificultad y encargándole pronta respuesta para proseguir lo comenzado. Pero el confesor, que quería mortificar y probar la virtud de la Santa, le envía la respuesta en carta cerradita, y en el sobrescrito añade estas palabras: “No la abra V. en dos meses”. Y ¿qué le parece a V. que hizo la Santa, ella que esperaba con candelas la respuesta para proseguir obra de tanta importancia y que tanta gloria iba a dar a Dios? ¿Le parece a V. que luego fue a abrirla, como dice el cuento de la cajita, que V. me ha contado? No, señora. No; dejó cerradita la carta, como si tal cosa, y el demonio de la curiosidad fue vencido por la grande obediencia. Con que, ya lo sabe V., buena anciana: santa Teresa no hubiera abierto la cajita del pájaro hasta el día del juicio, y el pobre pájaro se hubiera muerto de hambre. En cuanto a lo de querer ser ella confesora, no creo que le viniese jamás a las mientes semejante pensamiento, y no necesitaba eso para salvar a muchísimas almas. ¿Loo cree V. así?

- Es claro, señor, pero como una lo ha oído decir así... ¡Bendita santa Teresa de Jesús! ella nos alcance del Señor gracia para amarle cada día más.

En esto el ermitaño comenzó a tocar el último toque para la novena. Todos los poyos y la plazuela estaban llenos de gente que acudía a obsequiar a san José. La capilla estaba también llena hasta no poder más. Yo pude meterme aún bajo el arco de la puerta y gozar de la sencilla función. ¡Estaba aquello tan risueño y bonito! ¡Un anciano y un niño hermoso que se miran y se aman! ¿No será ese siempre un cuadro bañado de candor, de suavidad y dulzura? ¿No gustará siempre ese grupo a todos los corazones sanos y tiernos? Después, aquellos corazones y piecitos de cera que cuelgan del retablo; aquellos jarros de frescas violas, de todos los colores, que llenan toda el ara del altar; tantas velas encendidas, no puestas en gran orden, por cierto, pues ya le tiembla el pulso al anciano ermitaño y no está para meterse en tales honduras, pero adornadas con papel de color y colocadas por todas partes, pues no ha habido bastantes candeleros; aquellas hostias, blancas como la nieve, que cuelgan de unos cordeles tirados en todas direcciones, de una a otro pared de la capilla y en la mitad de su altura, y que un soplo de aire colado meneaa, con gusto de los niños, que están ojo avizor a ver si se cae alguna; la sencilla piedad y segura confianza con que respondían al sacerdote los devotos del santo Patriarca; y por último, las alegres y frescas voces de los niños que cantaban los gozos del Santo, me hicieron pasar un rato de la más pura satisfacción y serena alegría.

Al bajar de la ermita topé con la anciana del cuento, la cual me dijo con además de una firme resolución:

- Perdone V., señor, que lo de la cajita de santa Teresa ya diré a mis nietecitas que no lo crean.

- ¡Pues, ya se ve! –le contesté sonriendo.

J. A.

## LA GARZA, EL CUERVO Y EL PETIRROJO

### FABULA

Tú que tan pura y delicada y buena  
gustas tanto de pájaros y flores,  
esta fábula escucha, Filomena,  
que de Jesús recuerda los dolores.-  
Ya sabes que las garzas mueren viejas,  
según dicen verídicas consejas:  
una de ellas vivió... ¡quién lo diría!  
dos mil años y más... más todavía;  
yendo siempre y viniendo  
y do quiera noticias esparciendo.  
Un día del estío esta chiquilla  
con un cuervo topó y un petirrojo,  
que a la sombra de un árbol y a la orilla  
de un arroyo, se holgaban sin enojo.  
"Buenos días, señores,  
dijo entonces la garza encanecida;  
y pues hace hoy un día de primores,  
charlemos un poquito por mi vida.  
Como veis, yo soy vieja, y ya de tanto  
como he visto y me sé casi me espanto;  
y sin lisonja yo decirlo puedo,  
a ninguna ave cedo  
la palma de contar cosas que un día  
fueron, y guarda la memoria mía.  
Si queréis una muestra,  
escuchad, escuchad la historia vuestra.  
¡Oh tú mi buen amigo, cuya pluma  
hoy tan negra se muestra!  
fue otro tiempo más blanca que la espuma  
y cándida azucena;  
¡más ay! de Coronis desprecio hiciste,  
y de esa burla en pena,  
Apolo te vistió con este triste  
ropaje de moaré (¡Y lo mereciste!)  
Pero tú cuyo cuello está teñido  
de una encendida mancha purpurina,  
tienes tú, mi pájaro querido,  
una historia divina.  
En la cruz extendido,  
Iba Cristo a morir... Tú que ves esto  
hacia él vuelas presto,  
y con pico valiente  
le arrancas una espina de la frente.  
El buen Jesús, que aquello  
agradecido nota,  
procura destilar sobre tu cuello  
de su Sangre purísima una gota".

J. A.

No nos sufre el corazón por más tiempo privar a nuestros lectores de la satisfacción de conocer los trabajos hechos por nuestro celoso corresponsal y apasionado devoto de nuestra santa Madre Teresa de Jesús en Londres, para comprobar con toda evidencia la existencia de las espinas en torno del corazón de la Santa. La abundancia de materiales ha retardado la publicación de este interesante relato más de lo que hubiéramos querido. Para su mayor

satisfacción debemos hoy advertir a nuestros lectores lo que nos escribe con fecha 6 del pasado febrero el Excmo. Sr. Obispo de Salamanca, preconizado hoy de Barcelona. "Hace pocos días que por este tribunal eclesiástico se ha terminado el expediente canónico sobre la verdad de este fenómeno, que será remitido original a Roma, para que allí se resuelva acerca de lo sobrenatural que puede haber en él". Tan luego como Roma dé su dictamen sobre el particular, nos apresuraremos a comunicarlo a nuestros suscriptores que tienen vivo interés para saber la verdad de este maravilloso hecho sin precedente en la historia. Dice así la relación que se nos remite:

+

### **¡VIVAN JESÚS, MARIA, JOSÉ Y TERESA DE JESÚS!**

**Historial de las gestiones hechas en los primeros días de octubre de 1873 por D. Carmelo Saavedra, para probar la verdadera existencia de las espinas que rodean el corazón transverberado de santa Teresa de Jesús, dirigido al excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de Salamanca.**

Plymouth, día de la fiesta de san Juan de la Cruz, 1873

Excmo. E Ilmo. Sr.:

El periódico católico de Londres *The Tablet*, que merece la consideración de todos los defensores de la santa Iglesia, católica, apostólica, romana, por el ahínco y denuedo con que sostiene sus intereses en la capital de la protestante Inglaterra, publicó en su número 1729, correspondiente al sábado 31 de mayo de 1873 (página 693), la siguiente carta dirigida a su Director:

"Muy señor mío:

Acabo de ver una carta de un distinguido eclesiástico a otro compañero suyo, en la que manifiesta su admiración de que el señor canónigo Dalton en la interesante obra titulada: *Peregrinación a las reliquias de santa Teresa a Alba de Tormes y Ávila* no diga una palabra de las espinas que se dicen verdaderamente salir del Corazón de la Santa. Dicho eclesiástico añade en su carta: *Cuando hace pocas semanas obtuve una audiencia del santísimo Padre, Su Santidad me habló de ellas*. Como jamás había oído hablar nada de dichas espinas y que los Bolandistas no hacen mención ninguna, escribo a V. para preguntarle dónde podré encontrar alguna descripción de las espinas de que me habló Su Santidad.

De V., señor mío, humilde servidor,  
"Sacerdos"

Fácilmente se comprende, Excmo. e Ilmo. Sr., la piadosa curiosidad del digno sacerdote que escribe la precedente carta, no siendo en ella de ningún modo cuestión de duda o incredulidad, antes al contrario, desea conocer la descripción de ellas; así, no tarda en recibir las dos otras que resume en la siguiente dirigida al mismo Director y publicada en el número 1731, perteneciente al 14 de junio correlativo.

"Muy señor mío:

Desde mi última carta inserta en su periódico (del 31 de mayo), pidiendo antecedentes sobre las espinas que se dice crecen del Corazón de la Santa, he visto dos cartas sobre el particular, de las cuales una es de un distinguido eclesiástico que dice: "En la actualidad hay cuatro espinas: las dos primeras aparecieron en 1836. En 1840, yo vi. una imagen del Corazón con las dos espinas; al principio eran pequeñas, mas han crecido, y son ahora de dos pulgadas de largo; la tercera se vio el 27 de agosto de 1864, teniendo en la actualidad una pulgada de largo; la cuarta se distinguió en 1871, etc." La segunda carta es de Lady Herbert de Lea, que autoriza a su corresponsal a servirse de sus mismas palabras. Helas aquí: "Jamás he oído hablar de esas espinas; yo no creo en ellas. He visto el corazón de la Santa con la cicatriz (donde fue atravesado) lo más cerca posible, y ciertamente no tenía espinas". Esta señora y el canónigo Dalton tuvieron la dicha de ver el Corazón de la Santa en 1866 en circunstancias las más favorables, y como la tercera espina, según el decir del eclesiástico de que hablado, apareció en 1864 y tiene una pulgada de largo, parece singular que ni dicha señora ni el canónigo Dalton vieran las citadas espinas. De otra manera ciertamente hubieran hablado de una cosa tan extraordinaria en sus respectivas publicaciones, la una de dicha señora: *Impresiones de España* en 1866 (Londres, Benlhy, 1867) y el reciente volumen del canónigo: *Una peregrinación a las reliquias de santa Teresa* (Londres, Broker, 1873).

Lady Herbert, según creo, estuvo algunos días dentro de la clausura del convento de Carmelitas de Alba de Tormes, y estoy informado que ella no oyó hablar una palabra de las repetidas espinas. Luego, si el hecho hubiera sido verdad, ¿no hubieran enterado de ello las Religiosas a dicha señora? Debe haber, pues, algún error en este asunto, o a lo menos nos faltan detalles más positivos y circunstanciados, y espero que el distinguido eclesiástico podrá luego dárnoslos.

Quedo de V., etc

“Sacerdos”

El mismo periódico publicó a renglón seguido otra carta cuya traducción es la siguiente:

“Muy señor mío: Su corresponsal *Sacerdos* encontrará una relación de las espinas que han salido del Corazón de santa Teresa en el primer volumen de las *Voix prophetiques* del abate Euricque. En la actualidad son en número de cuatro. Dos aparecieron la víspera de san José, en el año 1836. La tercera fue vista por primera vez el 27 de agosto de 1864, día en que celebra el Carmelo la Transverberación del Corazón de la Santa por un Serafín. Al principio era pequeña como la punta de un alfiler, más ha crecido una pulgada, siendo gruesa en proporción. Una cuarta espina ha aparecido después, y debía ser como lo indica el Abate después del 19 de agosto de 1871, pues que el Obispo de Salamanca, atestando este día la autenticidad de la reproducción del Corazón de la Santa que se envió a las Carmelitas francesas, habla de las espinas señalándolas en número de tres, describiéndolas como muy grandes.

Vuestro humilísimo,

*Eduardo Healy Thompon*”

(Se continuará)

## SANTA TERESA DE JESÚS AGRADECIDA

**Lerma.**- Si los milagros están sobre la ciencia y potencia de lo humano, y son obras exclusivas del supremo Hacedor, que a la voz de un Fiat crió todo lo que admira el hombre y proclama la misma naturaleza, presentemos al hombre piadoso una maravilla más que admirar, y al filósofo descreído otra prueba más de su confusión y vergüenza.

¿Quién abrevió jamás las misericordias del Señor? ¿Quién puso límites a su omnipotencia? Seis años de agudos padecimientos tenían postrada en cama a la Hermana Inocencia de San José, carmelita descalza de Lerma, joven de treinta y cuatro años, y marchitada su robustez en la primavera de sus días, sintió sobremanera no ayudar a sus compañeras. Pero, si bien suspiraba por la salud, no dejaba de estar resignada a la voluntad de Dios.

En su penosa y larga postración se agotaron los recursos de la medicina, que al fin se declaró impotente e ineficaz en su empresa. Era preciso que la enferma probara la fuerza de la oración, y que la fe llenara los vacíos de la ciencia humana, siempre oscura en la ciencia médica.

La paciente había clamado sin cesar a santa Teresa, que le fuese propicia ante Dios para conseguir la salud. Nada más propio que pedir la hija a su Madre, y a una Madre tan amada de su Dios.

Aún no era tiempo. Dios difiere sus misericordias para probar la fidelidad del que pide, y su modo de pedir. Los Santos a veces tienen sus gracias, y aparentan que se desentienden de sus amigos.

Era el 6 de junio de 1858, el día destinado para obrar la maravilla. Teresa de Jesús quería ya dar a su hija una prueba de su amor. Dios quería ostentar sus prodigios por la intercesión de Teresa. Pues bien: a las doce del mismo día se aplicaron a la enferma la cinta y corazón, tocados al corazón y brazo de santa Teresa, que se veneran en Alba de Tormes.

No había pasado un cuarto de hora, y la paciente sintió un estremecimiento en todo su cuerpo que la obligó a tomar una posición que ella suponía imposible. ¡Qué sorpresa tan grata cuando observó que se habían roto las cadenas amorosas que la detenían, y que el Ángel de la Piscina había movido las aguas saludables! Apercebida del maravilloso suceso, se arrodilló, después de seis años que le había sido imposible esta operación reverente. Pasó un gran rato, extasiada en un gozo que se siente y no se explica.

Amante de la obediencia, corrió presurosa y alegre a comunicar el portento a su prelada. Postrada a sus pies, tan ágil como contenta, hizo el relato de lo que le había sucedido.

Santamente sorprendida la superiora, desfalleció a vista del milagro. Todo parecía un sueño; pero era una realidad. La sombra de Pedro curaba. Un Ángel rompía las cadenas. La Comunidad entonó al momento un solemne *Te Deum*, y al día siguiente una misa, en acción de gracias por las misericordias que Dios había obrado en sus siervas y esposas.

Las obras de Dios no necesitan comentarios. Son por sí bien expresivas y sobremañera elocuentes.

Dios nos haga humildes y dóciles para escuchar sus divinas inspiraciones, y nos libre de la obstinación de Corazaín y de Cafarnaúm, que fueron insensibles y murieron en su incredulidad, no obstante las maravillas que se obraron en su recinto.

**Zaragoza.**- Nos escriben de esta ciudad un especial favor que han conseguido las Carmelitas Descalzas de santa Teresa de Jesús en la noche del 3 al 4 de enero del presente año.

Estaba la Comunidad descansando en apacible sueño, cuando fue éste interrumpido por los fuertes y repetidos campanillazos que daba la campana de la portería. Muy grande fue el pánico que se apoderó de aquellas pobres religiosas; y como sabían los rumores alarmantes que el día anterior circularon por la ciudad, de que los federales en completa insurrección trataban de defenderse contra las tropas del Gobierno, exclamaron todas con dolor: *Ya los tenemos en casa*. Y en efecto, con un grande alboroto y con demasiada impaciencia exigían que se les abriesen al momento las puertas del convento para ocuparlo como punto estratégico a propósito para una tenaz resistencia.

Descorridos los sagrados cerrojos y abiertas las puertas entraron en el convento, pero cesando el alboroto y presentándose muy atentos, y sin atreverse a pasar del claustro bajo, las once horas que permanecieron dentro, a excepción de los centinelas, que ocupaban diferentes puntos de la casa.

El jefe en un corto discurso encareció a sus subordinados el santo respeto y buen comportamiento que debían observar en un lugar tan diferente de las moradas profanas, y todos se condujeron dignamente. Entre tanto las religiosas clamaron a santa Teresa de Jesús para que no se rompiese el fuego, como así se había determinado hacerlo en la mañana siguiente, contra un fuerte que ocupaban las tropas y cuyos disparos hubieran reducido a ruinas el convento a empeñarse la lucha. ¡Oh poder de Dios y de la protección de la esclarecida Santa! Aquellos hombres, que parecían que no temían la muerte, huyeron despavoridos sin concluir de tomar la comida que las Religiosas les tenían aderezada al saber que la tropa estaba cerca del convento; y todas dieron mil gracias a su celestial protectora por haberlas librado de tan inminente peligro y de verse otra vez solas en su santo convento.

- Otro especial favor ha dispensado la seráfica Doctora a un joven de la misma ciudad de Zaragoza, cuya vida disipada era el desconsuelo de su familia. Una tía suya, persona muy piadosa, acudió con fervor a santa Teresa de Jesús haciéndole una novena para la conversión de su sobrino, y prometiendo publicarla en la presente *Revista* si la lograba. No se hizo esperar mucho la gracia deseada, pues a los tres días de concluir la novena se acercó el joven a los santos Sacramentos, y siendo antes holgazán y perezoso se colocó en un oficio y continuó trabajando con diligencia y viviendo muy bien con su mujer.

## NECROLOGÍA

Acaba de fallecer en el convento de Madres Carmelitas de santa Teresa de Barcelona la religiosa sor Joaquina del Sagrado Corazón, en el siglo Joaquina Fivaller y Taverner, hija de los Excmo. señores Duques de Almenara Alta D. Juan Antonio de Fivaller y D<sup>a</sup> Bernardina Taverner, Marquesa de Vilhel, a la avanzada edad de 79 años, de los cuales contaba 60 de religión. Fue su padrino, en el acto de la toma de hábito, S. M. el Rey D. Fernando VII, y en su representación el Excmo. Sr. Capitán General, D. Javier Castaños, duque de Bailén. Se dio a esta ceremonia toda la esplendidez que la religiosidad de aquellos tiempos permitía. La ilustre religiosa fue un modelo de virtudes cristianas y un lustre de su Orden; distinguiéndose por su profunda humildad y siendo un modelo en la observancia de las austeras reglas de la religión que había abrazado, y el consuelo de cuantas personas la trataban por la profundidad de sus

consejos, inspirados en las más profundas máximas del Evangelio. Su muerte, acaecida el 27 de febrero último, le habrá abierto las puertas del cielo para el cual solo suspiraba, alcanzando en él la recompensa a sus grandes virtudes, y el premio otorgado a una vida llena de abnegación y merecimientos (R.I.P.).

## REVISTA EXTRANJERA

**Roma.-** En la mañana del 31 de enero, Su Santidad dio audiencia a las señoras que pertenecen a la *Piadosa asociación para proteger a las sirvientes pobres*. Las Hermanas de la Compasión y algunas sirvientes asistieron al acto. La señora marquesa de Serlupi leyó un entusiasta mensaje de adhesión hacia el Pontífice; después dos jóvenes criadas leyeron una composición poética alusiva al acto, y ofrecieron a Su Santidad algunos ornamentos y un mantel de altar. El Papa pronunció algunas palabras de edificación a la piadosa Asamblea, recomendando la fidelidad en sus deberes a las señoras, y abandonó la sala de audiencia después de dar a todas la bendición apostólica.

Su Santidad se trasladó acto continuo a la sala de la Condesa Matilde, donde un francés, Mr. Hispa, tuvo el honor de presentarle un facsímile en barro cocido de la gruta de Nuestra Señora de Lourdes. Mr. Hispa llevaba consigo un poco de agua extraída de la fuente de la Virgen, y por medio de un hábil mecanismo se la vio correr por la gruta. El Padre Santo examinó con detenimiento este precioso objeto que le fue ofrecido por Mr. Hispa, y después de haberle dado las gracias se retiró, no sin darle antes su apostólica bendición.

El viernes 30, Su Santidad dio audiencia a ciento veinte hijas del pueblo, pertenecientes a la Asociación de hijas de María, las cuales fueron llevadas por las Hermanas de la Preciosa Sangre a recibir la bendición del Pontífice prisionero.

Pío IX, después de escuchar el mensaje que leyó una de ellas, les contestó en un tiernísimo discurso inculcándoles la virtud de la paciencia en la contemplación e imitación de la Pasión de Jesucristo, y el amor a la Inmaculada Virgen.

- El Sumo Pontífice asistió el día 2 a la ceremonia del ofrecimiento de las candelas en el palacio del Vaticano. Rodeado de su corte, presidió desde el trono la piadosa ceremonia a que asistía un número considerable de dignatarios eclesiásticos, individuos de las corporaciones religiosas, nobles, fieles, etc.

- El día 8 recibió Su Santidad a una diputación de la nobleza católica prusiana, que iba a ofrecerle el testimonio de su firmísimo adhesión a la Santa Sede.

- El telégrafo nos anuncia la muerte del cardenal Tarquini, uno de los últimamente revestidos de tan alta dignidad por el Padre Santo, que quiso trocar su sotana de jesuita por la púrpura cardenalicia, en premio de su ciencia y sus virtudes, y en demostración de afecto a la Orden insigne a que pertenecía.

- Algunos periódicos publican la siguiente nota, que se supone enviada a los representantes de la Santa Sede en las cortes extranjeras. No sabemos si será auténtica: pues como se pierden para nosotros la mayor parte de los periódicos romanos que han de venirnos, y en los cuales podemos tener más confianza, ignoramos el grado de crédito que merezca esta circular.

Dice así:

“Habiéndose ocupado la prensa italiana y extranjera en discutir los detalles de una supuesta Bula estableciendo reglas para la elección del futuro Pontífice, y habiendo además comentado dicha Bula varios periódicos, cada uno según sus principios, me veo obligado a asegurar que es completamente apócrifa.- *Antonelli*”.

- Se ha verificado en el Coliseo romano una gran manifestación católica para protestar contra el derribo y profanación del Vía Crucis. Asistieron más de cinco mil personas, y entre ellas obispos, nobles y príncipes romanos. La manifestación ha sido verdaderamente cristiana, consistiendo en recorrer el camino de la Cruz.

- Todas las sociedades católicas de Roma han firmado y publicado una protesta colectiva contra la profanación del Coliseo romano, llevada a cabo por orden del director general de excavaciones arqueológicas, señor de Rossa. Este oscuro funcionario no debe confundirse con el sabio y católico comendador de Rossi, que desempeñaba el mismo cargo antes de entrar Víctor Manuel en la ciudad eterna, y a cuyo sabio se debe un magnífico libro sobre las catacumbas, espléndidamente impreso a costa de Pío IX.

- La prensa católica de Italia manifiesta la mayor indignación por los escándalos verificados en Roma en el último Carnaval. Los miserables satélites de la demagogia desenfadada de la desgraciada Península han querido servirse de la triste oportunidad que conceden las fiestas de dicho período para ultrajar impune y despiadadamente los sentimientos religiosos del pueblo, y burlarse con inaudito descaro de los más sagrados objetos.

La Asociación artística internacional, que preside el síndico Piaciani, ha celebrado una exposición, que tituló humorística, y que más tuvo de impía y soez que de graciosa.

Todos los dogmas y asuntos religiosos consignados en los Libros santos, las Principales ceremonias de nuestro culto, las tradiciones piadosas más respetables fueron representadas con todo el cinismo y desvergüenza que es posible inventar a una imaginación italiana. La adoración de los Reyes Magos, el triunfo de Josué, la condenación de Jesucristo por el antecesor de los modernos Pilatos, y otros sagrados asuntos, estaban representados de una manera burlesca y criminal en esta exposición afrentosa.

La indignación que este y otros hechos semejantes producen ha sido grandísima: todos los periódicos honrados protestan contra ellos, y la prensa extranjera publica multitud de correspondencias inspiradas en un sentimiento elevado, que juzga, y con razón, más culpables a las autoridades italianas que a los desdichados instrumentos de la impiedad.

**Inglaterra.**- Ha muerto el canónigo Dalton, uno de los sacerdotes más teresianos y celosos de la Iglesia católica en aquella protestante nación. Mientras llega el día de dar a nuestros lectores unos apuntes biográficos de su ejemplar vida, les recomendamos a sus oraciones el alma del ilustre finado. (R.I.P.)

- En una carta de Londres que publica L'Union dando noticias biográficas de los nuevos ministros de Inglaterra, encontramos que lord Jolin Manners, director general de comunicaciones, ha sostenido la necesidad de mantener relaciones diplomáticas con la Santa Sede y vivir en buena armonía con el clero católico de Irlanda.

**Polonia.**- La persecución contra la Iglesia arrecia de una manera violenta en algunos puntos de Europa. Los periódicos de Posen comunican algunos detalles acerca de la hecatombe que acaba de realizar el gobierno ruso con los infelices católicos del antiguo reino de Polonia.

El día de año nuevo en la parroquia de Dzelow, distrito de Badzyn, gobierno ruso de Siedlce, los campesinos polacos que habían rehusado abjurar la fe de sus padres y entregar su iglesia a un sacerdote moscovita han sido fusilados en masa por dos compañías de infantería llegadas de Siedlce. Los autores de esta atrocidad han sido: el mayor Kotow, jefe del distrito, y el coronel lugarteniente Reti, que mandó el fuego. El renegado Popiel es el que, por sus compromisos, fomenta la persecución religiosa.

Cinco individuos han muerto en la plaza; 28 han quedado gravemente heridos; 150 hombres, mujeres y niños han sido cruelmente azotados, y 70 cargados de cadenas están en la cárcel.

En la parroquia de Szostki las autoridades rusas han querido instalar, el 18 de enero, a un moscovita como sacerdote; los campesinos han resistido y los soldados han hecho fuego, hiriendo y matando a más de 18 personas. Después se procedió a la flagelación, recibiendo cuarenta azotes los hombres, veinte las mujeres y diez los niños. Quince personas han sido detenidas.

El diario Noticias de San Petersburgo, refiriéndose a estos acontecimientos, dice que el gobernador de Siedlce se ha trasladado al lugar donde han ocurrido estos hechos para aclarar este asunto, que toma proporciones alarmantes.

Los infelices mártires polacos sólo escuchan en Europa una voz que se levanta para consolarlos y fortalecerlos; la del venerable sucesor de san Pedro, que olvidando las propias persecuciones, acude a sostener la fe de sus hijos.

## GRACIAS

### Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos.

El triunfo de la Iglesia y libertad de Pío IX; la paz del mundo y en especial la de nuestra pobre España.- La digna recepción de los sacramentos de Confesión y Comunión por todos los cristianos.- La conversión y cristiana muerte de dos personas.- La juventud católica.- El reinado social de Jesús en el mundo todo.- Acierto en un asunto de interés para la gloria de Jesús de teresa.- Espíritu de oración y de celo para los devotos Teresianos.- Una madre de familia.- Un negocio temporal.- Valor cristiano para cumplir la voluntad de Dios una hija de Teresa de Jesús.- El logro cuanto antes de un santo deseo para otra hija de Teresa.- El aumento y propagación de la devoción del Padre y Señor de santa Teresa de Jesús, el glorioso san José.

## LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

### SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE.

|                                                                                                                                                                                                                  |               |     |          |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------|-----|----------|
|                                                                                                                                                                                                                  | Suma anterior | Rs. | 1,885'60 |
| Tortosa.- Una hija de Teresa de Jesús pide a su Madre la libertad de Pío IX, y que se aprovechen todas sus hijas de las gracias espirituales que el Señor dispensa con generosa mano en los días de retiro ..... |               |     | 8        |
| Calaceite.- B.S.P., por Pío IX cautivo. Libértale, Teresa de Jesús, tú que todo lo alcanzas de Jesús .....                                                                                                       |               |     | 3        |
| Forcall.- Francisco Llop, Pbro.: Santa Teresa de Jesús, da paz al mundo y consuelo a Pío IX .....                                                                                                                |               |     | 10       |
| Teruel.- Un católico: Santa Teresa de Jesús, salva a Pío IX .....                                                                                                                                                |               |     | 22       |
| Una católica .....                                                                                                                                                                                               |               |     | 10       |
| Corbera.- Tomás Llop, Pbro., para que la esclarecida Doctora del Carmelo haga desaparecer, con la velocidad del rayo, los días amargos del angélico Pío IX .....                                                 |               |     | 20       |
|                                                                                                                                                                                                                  | Suma          | Rs  | 1,958'60 |

(Sigue abierta la suscripción)